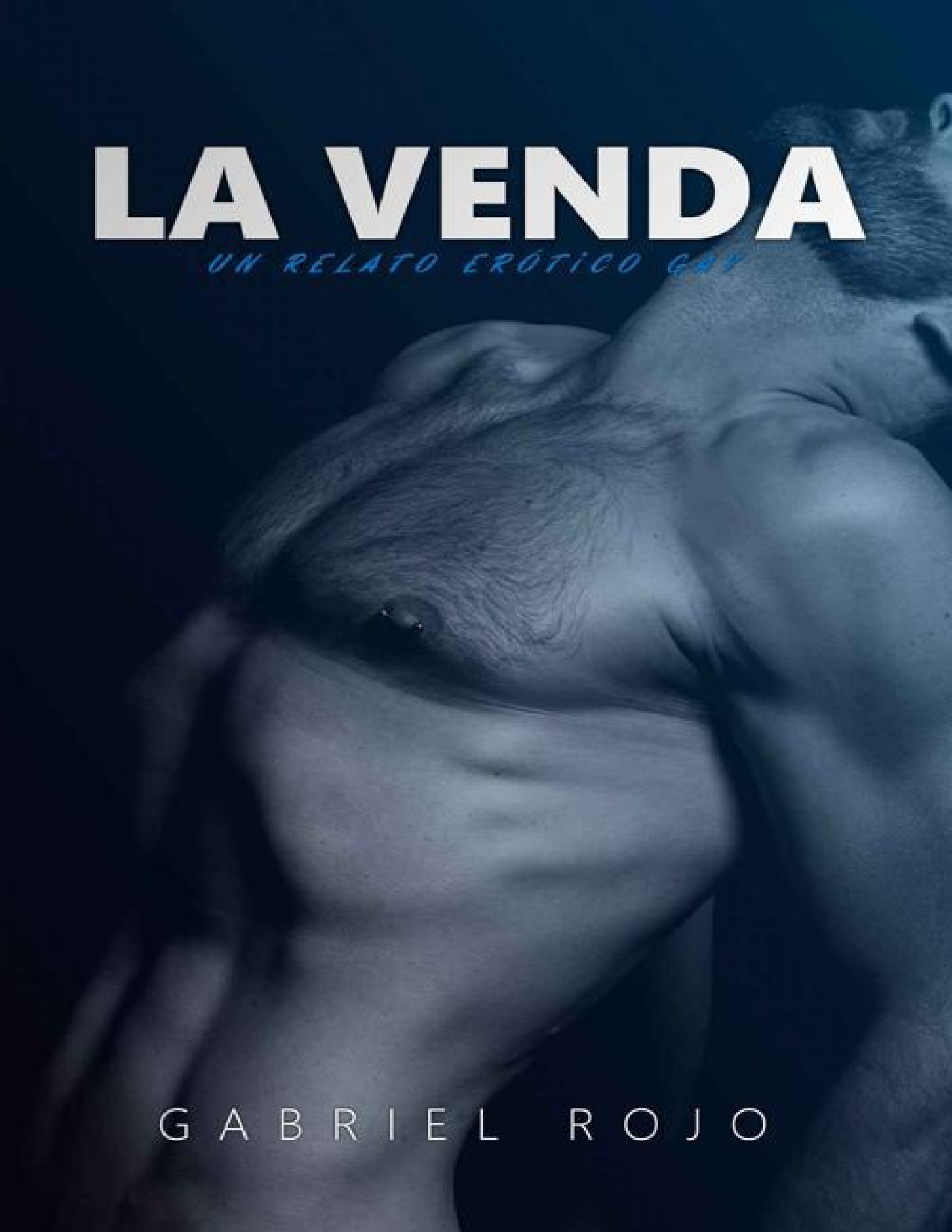
LA VENDA

UN RELATO ERÓTICO GAY



GABRIEL ROJO

LA VENDA

UN RELATO ERÓTICO GAY

GABRIEL ROJO

Copyright © Gabriel Rojo, 2024

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

diciembre de 2024

Por ti. Y por mí.

Cuando mi novia me soltó un día que quería probar algo nuevo en la cama, sinceramente mi primera idea fue que hablaba de comprar un juego de sábanas o algo por el estilo. Llevábamos tanto tiempo sin follar que ni se me pasó por la cabeza que pudiera estar hablando de eso.

—No, mi amor —dijo ella—. Es una… fantasía que tengo.

—¿Una fantasía? —Sonreí para mí—. ¿Y cuál es esa fantasía?

—Tiene algo que ver con esto —repuso, un tanto sonrojada, mientras sacaba algo de detrás de su espalda. Era una tira de tela que reconocí como una de las tres únicas corbatas que tengo, ninguna de las cuales me he puesto una sola vez en los últimos cinco años. Yo arqueé las cejas.

—¿Quieres que me vista con traje y follemos así? —pregunté.

—¡No! —rio ella—. No, lo que quiero es… —Me acercó los labios al oído y me despertó un suave hormigueo en la nuca cuando me susurró—: Lo que quiero es sentarte en una silla, atarte las manos a la espalda, taparte los ojos con esta corbata y hacerte lo que yo quiera.

Mi polla saltó como un resorte al oír aquello. La notaba tan rígida y caliente que casi resultaba doloroso. Miré a mi novia para tratar de decidir si aquello que me estaba diciendo iba en serio o era alguna broma suya. Pero su rostro no dejaba lugar a dudas. Su mirada lasciva, su labio inferior preso entre sus dientes, sus mejillas sonrojadas.

—¿Y cuándo tienes pensado hacerme todo eso? —pregunté. Separé las piernas para que pudiera ver bien el gran bulto de mis pantalones.

—Ahora mismo, si quieres.

—Ya ves que sí que quiero —respondí, y me llevé una mano al rabo y me lo estrujé. Ella sonrió y me tendió una mano. Me guio hasta el comedor, en el centro del cual colocó una silla y se volvió a mí de nuevo. Me relamí al ver su golosa sonrisa. Me quitó la camiseta, que cayó, dada la vuelta, en el suelo. Se deshizo de mis zapatillas y calcetines, me desabrochó el pantalón y lo dejó caer hasta los tobillos. Los apartó junto con el resto de ropa que me había quitado, y así, en calzoncillos y con la polla más dura de lo que la había tenido en mucho tiempo, me plantó las manos en el pecho y me empujó hasta hacerme caer sobre la silla. Lo primero que hizo fue cubrirme los ojos con la corbata. Sentí sus tetas cerca del rostro mientras se inclinaba para atar la tela detrás de mi nuca.

Me había cegado por completo. Ni siquiera la silueta de su cuerpo al moverse de acá para allá me resultaba visible. La oí rodearme y detenerse detrás de mí. Me agarró los brazos para unirme las muñecas y entrelazarlas con algún tipo de suave tela. Otra de mis corbatas, lo más probable. Con un potente nudo, me inmovilizó las manos detrás de la silla. Di un tirón con el que comprobé que, aunque quisiera, no podría liberar mis muñecas. No con facilidad, al menos.

—¿Estás listo, mi amor? —susurró su voz en mi oído. Me estremecí y tragué saliva. Mi rabo estaba que ardía debajo de la ropa interior.

—Sí.

El tierno calor de los labios que me besaban el pecho con detenimiento. Las ardientes manos que se posaban en mis muslos y los masajeaban mientras la lengua jugaba primero con un pezón y, a

continuación, con el otro. La boca me descendió poco a poco por el torso. Me besaba el abdomen, me lamía la piel y se abría paso hasta mi ombligo y más allá, hasta hallar la fina tela del calzoncillo. El cálido aliento se filtraba a través del tejido y me empapó la palpitante polla de inmediato.

—Joder… —jadeé, al tiempo que los labios, todavía sobre el calzoncillo, exploraban la longitud de mi rabo enhiesto, que se estremecía ante tal suave y húmedo tacto. Me mordí el labio mientras las manos me masajeaban los muslos cada vez más cerca de la entrepierna. Los labios y la lengua me humedecían la ropa interior, los dedos se deslizaban ya bajo la tela y a tientas encontraron mis cojones. Los acariciaron con parsimonia, lo que me arrancó profundos jadeos.

Las manos tiraron con decisión de la ropa interior, que cayó al suelo y, sin perder una fracción de segundo, la boca se tragó mi polla entera, con un entusiasmo que jamás había encontrado en mi novia. Comenzó a comerme el rabo con tal fruición que sentí que mi mente me abandonaba el cuerpo. Los labios envolvían mi grosor con firmeza, la lengua se deslizaba por toda mi longitud y dejaba tras de sí un húmedo reguero ardiente que me hacía vibrar de gusto. Mientras la boca se encargaba de devorarme la polla, las manos me masajeaban los cojones. En mi piel estallaban deliciosas cosquillas que me habían retorcer los dedos de los pies.

—Dios, cariño… —gemí, incapaz de creer que aquello estuviera ocurriendo. Mi novia nunca parecía dispuesta a comerme la polla y, las veces que lo había hecho, había sido con desdén y desgana. Esta vez, sin embargo, la boca me devoraba con un frenesí desmedido, las oleadas de placer me ahogaban mientras mi rabo se abría paso en la estrecha garganta y se adueñaba de ella, deleitándose en ese fuego del que en tan raras ocasiones había podido disfrutar.

—¿Te gusta, amor mío? —dijo la voz de mi novia a mi oído… al mismo tiempo que la boca se tragaba mi rigidez al completo.

—Espera —dije—. ¿Qué coño es esto? Quítame la venda —exigí, pues entendí de inmediato que estaba sucediendo algo que escapaba a mi comprensión. La boca todavía me envolvía el rabo, pero oí con claridad la risita de mi novia en el oído. Sus manos me quitaban la venda, y la luz me invadió los ojos de inmediato. Parpadeé, todavía ciego, un par de veces.

Me llevó un par de segundos percatarme de lo que estaba ocurriendo:

—¿¡PERO QUÉ COJONES ES ESTO!? —vociferé. Mis manos trataron de apartar al maricón que tenía arrodillado entre las piernas. No se había molestado en sacarse mi rabo de la boca. El nudo que había hecho mi novia, sin embargo, impidió darle la hostia que mi mano deseaba propinarle en la cara a ese desgraciado que, todavía con la nariz hundida en los pelos de mi polla, me miraba sin parpadear—. ¡QUÍTATE! ¡APÁRTATE, MARICÓN DE MIERDA!

El maricón se sacó mi polla de la boca y se apartó de mí. Miré a mi novia que, con una amplia, me acariciaba el pecho con sus largas uñas.

—¿Qué cojones es esto? —dije con el corazón acelerado—. Desátame, Natalia. ¡Desátame ahora mismo, me cago en Dios!

—Cariño, relájate —repuso ella. Me besó el cuello y un placentero escalofrío me invadió muy a mi pesar—. ¿No te he dicho que tenía una fantasía?

—Sí, joder, pero no me habías dicho que era esto. —Le lancé una iracunda mirada al maricón que me había estado comiendo la polla cuando creía que era mi novia.

—¿No te ha gustado cómo te la chupaba, mi amor? —preguntó mi novia antes de besarme los labios.

—¿Cómo cojones me va a gustar que un mariconazo me coma el rabo? ¿Tú estás loca o qué te

pasa?

—Pues a mí me parecía que te estaba encantando —dijo ella.

—Joder, porque pensaba que eras tú —me excusé.

—Es igual lo que pensases, el caso es que lo estabas disfrutando, ¿verdad?

—Supongo… —me obligué a admitir.

—¿Por qué no dejamos que siga? —me preguntó.

—¿Qué? —dije yo—. ¿Que me la siga comiendo el maricón este?

—Deja de llamarlo así, cielo —dijo mi novia—. Se llama Marcos, no «maricón».

—Me da lo mismo —espeté.

—Venga, cielo, te lo estabas pasando tan bien que me estaba poniendo muy muy cachonda —dijo con voz juguetona. Yo la miré y me percaté por primera vez de que tenía una mano enterrada en lo más hondo del pantalón. Mientras el maricón (o, bueno, Marcos) se había estado dando el festín de su vida comiéndome la polla, mi novia se había estado metiendo los dedos por el coño.

Esto hizo que mi rabo, que había perdido algo de fuelle al descubrir quién me lo estaba mamando, volviera a endurecerse en un abrir y cerrar de ojos. Miré a mi novia, luego a Marcos y al fin, a mi erección. Suspiré, pero no dije nada.

—Anda, venga —insistió mi novia—. Te lo compensaré después.

—Joder, macho. En qué putos follones me metes —rezongué, pero hice un gesto afirmativo con la cabeza que daba a entender consentía que Marcos volviera a enterrar la boca en mi entrepierna. Tanto él como mi novia sonrieron y observé cómo el tío volvía a ocupar su puesto entre mis piernas. De a una, se tragó mi rabo con los ojos fijos en los míos.

Por más que quisiera negarlo, Marcos me estaba matando de placer. Nunca en la vida me habían hecho una mamada tan espectacular como aquella. La cabeza del tío subía y bajaba a toda velocidad, su boca succionaba mi grosor con ansia, su lengua valsaba por mi largura, sus labios me recorrían entero desde la punta hasta los huevos, que se estremecían cada vez que mi glande le penetraba la garganta.

De reojo pude ver cómo mi novia se masturbaba debajo del pantalón sin perder ni un detalle de la acción. Marcos mantenía el ritmo de la mamada mientras mis jadeos iban en aumento. Se me retorcían los dedos de los pies sin control mientras entre nosotros resonaba el húmedo sonido de mi polla cubierta de saliva al entrar y salir de la boca de Marcos a toda velocidad.

—Mi amor —dijo mi novia, con los ojos fijos en la boca de Marcos—, se me ha ocurrido una cosa.

—¿El qué?

—¿Por qué no dejas que Marcos juegue un poquito con tu culo?

—¿¡Cómo!? —exclamé—. No, no, no, no, no, no, no, no, no, ni hablar, ni de coña vamos, eso sí que no.

—Venga, cariño. Estoy a punto de correrme —me susurró al oído con los dedos hundidos en el coño—. Solo un poquito. Y esta noche te dejaré que me hagas lo que tú quieras, te lo prometo. ¿Porfi? —suplicó con pucheritos en los labios.

—Me cago en mi vida, Natalia. ¿Qué quieres ahora, que el maric… que Marcos me encule? ¿Eso quieres, ver cómo a tu novio le revientan el ojete? ¿Te pone cachonda eso?

—Mucho —dijo. Me quedé sin palabras. Desde luego, jamás se me habría ocurrido que aquello pudiera excitarla en lo más mínimo.

—Joder… —mascullé—. Pero solo la punta —dije con los ojos muy abiertos—. ¡Solo la punta! —repetí. Miraba con expresión amenazante a Marcos, que asintió despacio—. Solo la punta o te reviento, ¿me oyes?

—Tranquilo, sí, solo la punta —repitió Marcos.

Mi novia me desató las manos y me masajeé las muñecas, ligeramente entumecidas, mientras me levantaba y nos dirigíamos al dormitorio. mi corazón me aporreaba la garganta con absoluta violencia, aterrorizado ante lo que se avecinaba.

—Ponte en la cama —dijo Marcos—, a cuatro patas.

Le lancé una mirada cargada de veneno a Marcos y otra a mi novia, pero hice lo que me pedía el tío y les expuse la parte de mí que nunca había visto el sol. Casi pude oír cómo Marcos se relamía mientras notaba que se me acercaba.

—¡Ah! —exclamé en un ahogado gemido de inesperado placer. Aquello no era, ni mucho menos, lo que había supuesto que iba a suceder. Algo suave, caliente y muy húmedo me rozó el agujero, del que saltaron chispas de gozo que me recorrieron el cuerpo. La lengua de Marcos comenzó a proferirle lengüetazo tras lengüetazo a mi ojete, que parecía palpitar cada vez que su lengua me abandonaba. La sensación, tan desconocida pero tan extrañamente familiar al mismo tiempo, me hacía gemir con debilidad mientras la lengua del tío comenzaba a explorar mi entrada con creciente curiosidad.

Pasados unos minutos, noté que algo más duro se aproximaba a mi culo. De inmediato, todos los músculos de mi cuerpo se tensaron. Marcos debió de notarlo, puesto que, en un susurro, me dijo:

—Cálmate. Respira hondo y relaja los músculos. No te va a doler.

Traté de hacer lo que me había pedido mientras su rígida erección se postraba frente a mi entrada. El corazón me latía desbocado. Busqué con la mirada a mi novia que, desnuda de pies a cabeza y con las piernas separadas, se llevaba los dedos al coño a toda velocidad, sin perder detalle de la escena que se desenvolvía ante sus ojos. Ver aquello, de algún modo, logró relajarme lo suficiente como para que mi culo consintiera que la polla de Marcos se adentrara en mi agujero.

Sentí que mi cuerpo se abría mientras su rabo entraba, muy despacio, hasta que su glande hubo quedado alojado por completo en mí. No sentí dolor, tan solo una incómoda sensación de algo que amenazaba con desgarrarme las entrañas si se movía un solo milímetro más. Poco a poco, la punta de su cipote comenzó a salir y entrar, con la mayor lentitud del mundo, de mi culo. El movimiento de su rabo me enviaba descargas por todo el cuerpo. Me estremecí y cerré los ojos.

—Cariño, no sabes cómo me está poniendo verte así —dijo mi novia. Se mordía el labio mientras yo recibía la polla de Marcos en el ojete. Sus caderas se movían a velocidad cada vez mayor, lo cual permitía que su rabo se colara poco a poco más profundamente en mí.

—¿No habíamos dicho que solo la punta, cabrón? —solté al sentir que tenía, por lo menos, la mitad de su erección clavada en las entrañas.

—Tú tranquilo, confía en mí. Verás como te gusta.

—Sí, que te lo has creído túuuuUUH… —comencé a decir justo en el momento que su rabo se clavaba con un súbito empujón en un punto dentro de mí que me hizo gritar. Un cegador fogonazo de placer tomó el control de mi cuerpo—. ¡Dios! —gemí, lo cual provocó dos cosas: primero, mi

novia comenzó a masturbarse con mayor fiereza, y, dos, Marcos tomó mi gemido como permiso para recibir su rabo al completo. El tío se enterró en mí sin miramientos. Sus muslos comenzaron a chocar con gran estruendo contra mis nalgas, sus caderas bailaban en amplios movimientos rítmicos y su rabo me besaba aquel punto en las entrañas que me hacía ver las estrellas y perder el sentido.

Oía a Marcos jadear, veía a mi novia meterse los dedos hasta el fondo, sentía el inconmensurable placer que me mordía la piel con cada arremetida que me asestaba Marcos con la polla, que parecía enterrarse cada vez más dentro de mí. Sus embates se volvieron todavía más profundos, acelerados y más mordaces, hasta que acabó por empotrarme con brusquedad contra la cama. Mis brazos cedieron y mi cabeza se enterró entre las sábanas al tiempo que el placer se me acumulaba en los cojones, que detonaron con tal potencia que por unos instantes solo vi blanco.

Mi polla escupió copiosos cañonazos de lefa sobre la cama. Mi cuerpo entero temblaba y mi garganta dejaba escapar por volición propia intensos gemidos. La cabeza me daba vueltas ante ese placer tan intenso que, lejos de amainar, solo parecía crecer y crecer. Marcos, al fin, abandonó mi cuerpo, dejando tras de sí una extraña sensación de vacío y, con un fuerte rugido, vi de reojo cómo se corría. Su orgasmo cayó en la cama para fundirse con el mío.

Mis recuerdos de los minutos siguientes se vuelven borrosos en mi mente. El placer que había sentido me había dejado exhausto y, no me extrañaría que hubiera perdido el conocimiento un par de segundos, puesto que, cuando recobré la consciencia de quién era y dónde estaba, Marcos ya había desaparecido. Mi novia me miraba con una mórbida sonrisa en los labios, mientras yo, que aún sentía el culo abierto de par en par, respiraba profundamente con los restos del placer que aquella polla me había dado aún los muslos.

—¿Te lo has pasado bien? —le pregunté a mi novia.

—Mucho, mi amor, ¿y tú?

—No ha estado mal —dije—. Pero, recuerda tu promesa: esta noche, eres mía. Y me voy a ensañar contigo a base de bien.

—Me muero de ganas, amor mío.